

1914: Significación histórica de la *Gran Guerra*

FELICIANO PÁEZ-CAMINO

Madrid, 2014

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: M-16898-2014

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

1914: Significación histórica de la *Gran Guerra*

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 8 DE MAYO DE 2014)

Cuando estaba empezando el siglo XX, el francés Émile Faguet escribió que este iba a ser desde luego un siglo “caracterizado por mucha más paz y calma y muchos menos acontecimientos impactantes que el que acaba de concluir”¹. Está claro que este hombre, que era un apreciado historiador de la literatura, no se consagró como profeta. No obstante, su parecer era compartido por muchas personas sensatas que, aunque fueran conscientes de la existencia de fuertes tensiones internacionales o sociales, confiaban en que los avances de la civilización alejaran definitivamente a las guerras del horizonte de las relaciones humanas.

Sabemos que no fue así: que hace un siglo, en el verano de 1914, se avivó un conflicto en los Balcanes que, por el juego de las alianzas entre Estados y la actitud de ciertos dirigentes, terminó desencadenando una guerra general en Europa que llegó a adquirir dimensiones mundiales. La conocemos como Primera Guerra Mundial, porque un cuarto de siglo después estallaría una segunda, aun más vasta y destructiva; pero, hasta que esto ocurriera, y aunque sobre todo en Alemania se la caracterizó enseguida como una guerra mundial, una *Weltkrieg*, fue ampliamente conocida como *la Gran Guerra*, más grande y duradera de lo que habían previsto tanto los que la habían promovido como los que habían intentado en vano evitarla u oponerse a ella.

Es corriente situar en 1914 el inicio histórico del siglo XX, un corto e intenso siglo que podría considerarse concluido, según la acreditada propuesta del historiador Eric

¹ Citado en Jeanneney Jean-Noël: *La Grande Guerre, si loin si proche. Réflexions sur un Centenaire*. Paris, Seuil, 2013, p.35.

Hobsbawm, en 1989, año en que el derribo del muro de Berlín simbolizó la inminente caída de los regímenes comunistas del este de Europa. La Gran Guerra dejó, en muchos sentidos, una profunda huella en la historia, de modo que hay claramente un antes y un después del conflicto. Cuando, desde el horror de los campos de batalla o las angustias de la retaguardia, los europeos volvieron la vista a su pasado reciente, a los tiempos transcurridos desde finales del XIX hasta 1914, consideraron que esa había sido una época relativamente feliz, en la que, junto a ciertos avances sociales, se había producido una eclosión cultural que tenía en París el más prestigioso, aunque no el único, de sus centros de actividad. Se difundió a partir de entonces la expresión *Belle Époque* para referirse a ese tiempo pasado cuyo brillo quedó realzado en la memoria por las sombras de la guerra que le puso fin.

Cuando, cien años después del inicio de aquel conflicto, lo conmemoramos (naturalmente, sería bastante torpe decir que lo celebramos), la crisis de 1914 nos resulta seguramente menos remota y más inteligible que hace 30 años, es decir, que antes de que terminara la Guerra Fría. Ahora hay de nuevo unas complejas relaciones internacionales multipolares, la descomposición de Yugoslavia ha llamado la atención sobre la importancia de los conflictos balcánicos y ha devuelto cierto sentido histórico al Imperio austro-húngaro, los atentados suicidas urdidos por organizaciones sin una base nacional se han hecho más corrientes y el derribo de las Torres Gemelas de Nueva York ha mostrado hasta qué punto un solo acontecimiento puede alterar una situación general. Nada de ello significa que la historia se repita ni que estemos en vísperas de una situación parecida a la de hace un siglo, pero sí que las complejidades de la historia más reciente nos pueden ayudar a la comprensión, racional y anímica, de un pasado que gravitó largamente sobre lo que ocurrió después y cuyos ecos llegan hasta hoy.

Una guerra evitable

Hay en la historiografía acerca de la crisis bélica de 1914 un par de certezas bastante consolidadas: que, por muy enfrentadas que estuvieran las posiciones y cristalizadas las alianzas, la guerra no era inevitable; y que, a causa del desarrollo técnico y del equilibrio de fuerzas, el conflicto alcanzó una intensidad y duración inesperadas.

En la Europa prebélica existían desde luego complejas rivalidades internacionales. Unas eran territoriales, como la que enfrentaba a Francia con Alemania desde que esta se hubiera apoderado de Alsacia y parte de Lorena en la guerra franco-prusiana de 1870-71. Otras eran más bien de carácter económico, como la pugna entre Gran Bretaña, pionera en la revolución industrial y hegemónica en los mares, y Alemania, en rápido proceso de industrialización y desarrollo de su potencial naval. Había también choques entre proyectos expansivos, como el que protagonizaban los Imperios ruso y austrohúngaro a costa del declinante Imperio turco otomano, en el marco de los Balcanes.

Diez años antes de la guerra, Francia y Gran Bretaña habían sellado, con el nombre de *Entente Cordial*, un acuerdo que conciliaba sus respectivas pretensiones coloniales. A los tres años, en 1907, se incorporó a él Rusia, que llevaba desde la última década del siglo XIX tejiendo buenas relaciones con Francia. La *Triple Entente* resultante se alzaba frente a la *Triple Alianza*, que Alemania venía sosteniendo desde hacía un cuarto de siglo con una Austria-Hungría adicta y una Italia vacilante. La cristalización de estos dos sistemas, potencialmente opuestos, vino acompañada por el desarrollo de la preparación militar, la *carrera de armamentos*.

Como es sabido, el domingo 28 de junio de 1914 tuvo lugar en Sarajevo (capital de Bosnia-Herzegovina, anexionada al Imperio austrohúngaro en 1908) el azaroso asesinato del archiduque Francisco Fernando junto a su esposa Sofía Chotek, y ello sirvió de motivo, o de pretexto, para que, al cabo de un mes justo de amplios movimientos diplomáticos, Austria-Hungría declarara la guerra a Serbia, tierra de origen y presunta protectora de los autores del atentado. Como quiera que este reino eslavo contaba con el valimiento de Rusia, la acción austrohúngara no se verificó sin asegurarse previamente el respaldo alemán, explícito desde el 6 de julio. Alemania esperó a que Rusia decidiera la movilización de sus tropas, y entonces le declaró la guerra, a las 5 de la tarde del 1 de agosto. Dos días después, Alemania declaraba también la guerra a Francia, que había rechazado su exigencia de mantenerse neutral y a entregarle como garantía las fortalezas de Toul y Verdún, y que había iniciado su propia movilización. Quedaba momentáneamente al margen el miembro británico de la Entente, pero, tras la invasión de la neutral Bélgica por tropas alemanas a las 8 de la mañana del 4 de agosto, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania a las 11 de la noche de ese mismo día.

Cómo y por qué un acontecimiento relativamente menor y excéntrico dio lugar al estallido de aquella catástrofe ha sido, naturalmente, objeto de cuantiosos análisis por parte de los historiadores, reavivados por la proximidad de su centenario. Algunos hechos están sólidamente establecidos: que las autoridades austrohúngaras quisieron aprovechar la ocasión para aplastar a Serbia, que constituía, además de una fuente de conflictos, un escollo en su avance por los Balcanes; que en los círculos militares alemanes, muy influyentes en la toma de decisiones, se consideraba que aquel era un momento propicio para arrostrar la guerra general que podría derivarse del apoyo a Austria-Hungría; y que unas cuantas cabezas de la política europea –entre ellas, varias testas coronadas²– consideraban la guerra, o la amenaza de hacerla, como una forma legítima de política exterior, sin hacerse cargo de la magnitud destructora que podía llegar a adquirir. Tampoco es

² Eran el ya anciano emperador Francisco José de Austria y, sobre todo, el káiser Guillermo II de Alemania y el zar Nicolás II de Rusia, que tenían entre sí (y con Jorge V de Inglaterra) espinosas relaciones familiares.

desdeñable, aunque comúnmente se insista menos en ello, la importancia de los factores internos en la actitud de esos gobernantes: la cohesión impuesta por la guerra y las expectativas de victoria militar y expansión territorial podían ser utilizadas, por ejemplo, como un medio para contener el avance electoral de los socialistas en Alemania, paliar las tensiones disgregadoras en el plurinacional Imperio de los Habsburgo, o acallar el problema irlandés en el Reino Unido.

De todos modos, hay en las publicaciones recientes más difundidas sobre la situación de 1914 diversas modulaciones sobre las responsabilidades de los distintos protagonistas y sobre las propias raíces del conflicto. Christopher Clark, autor de un libro expresivamente titulado *The Sleepwalkers* (Sonámbulos), además de insistir en el peso que a lo largo de toda la crisis tuvo el contencioso originario entre Serbia y Austria-Hungría, atribuye el estallido de la guerra a una cultura política compartida por todos los grandes protagonistas, que los dejó “ciegos ante la realidad del horror que estaban a punto de traer al mundo”³. En cambio, Max Hastings, en otro estudio sobre la crisis de 1914 en cuyo título campea la palabra *Catástrofe*, pone el acento en la responsabilidad de los gobernantes alemanes, con el káiser y el Estado Mayor en primera línea, quienes, a lo largo del mes de julio, habrían podido evitar que la crisis desembocara en guerra si hubieran refrenado la acción austrohúngara contra Serbia; Hastings entiende asimismo que, vistas las pretensiones germanas, la entrada de Gran Bretaña en la guerra estaba plenamente justificada⁴. Aunque con menos pasión polémica, el libro más general de David Stevenson, cuya versión original fue publicada hace una década, contiene conclusiones de esta misma índole, a la vez que señala que muchas claves desencadenantes del conflicto están “en el terreno fronterizo entre la historia cultural y la historia política”⁵. Recordemos, en todo caso, que el punto de vista que subraya la culpa de los Imperios centrales tiene un sólido, aunque discutido, fundamento historiográfico en las investigaciones sobre la amenazadora política internacional de Guillermo II realizadas desde principios de los años 60 por Fritz Fischer y otros historiadores alemanes.

No gozan hoy de gran predicamento los enfoques que insisten en presentar la guerra como una necesidad histórica, nacida de las rivalidades económicas; esa tesis tiene una conocida variante, divulgada entre otros por Lenin en 1917, que interpretaba que la contienda era una derivación necesaria del imperialismo, fruto a su vez del desarrollo

³ Clark, Christopher: *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014. La cita es la última frase del texto del libro, p.562 de la edición inglesa (Penguin, 2012).

⁴ Hastings, Max: *1914. El año de la catástrofe*. Barcelona, Crítica, 2013. Sus puntos de vista sobre la responsabilidad alemana, en particular en pp. 19, 598 y 607.

⁵ Stevenson, David: *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona, Debate, 2014, p.760.

capitalista, y creadora de condiciones para la revolución social. Aparte de que no está claro que en aquel tiempo hubiera relaciones muy fluidas entre los medios militares más decisivos y los intereses de la industria y el comercio, hay razones para pensar que los grandes poderes económicos, con excepción de aquellos vinculados a la producción de armamento, se habrían seguido expandiendo mejor en un entorno de equilibrio y paz internacionales. Tal era, por lo demás, una convicción bastante extendida en vísperas de la guerra, como lo revela la popularidad alcanzada por *La gran ilusión*, estudio publicado por el británico Norman Angell en 1910 según el cual la creciente interdependencia financiera creaba intereses contrarios a una resolución bélica de los conflictos.

Existían desde luego hondas rivalidades económicas y fuertes problemas políticos que, en un contexto de diplomacia frágil y opaca, y con la contribución de factores personales y accidentales, convirtieron en hecho real una guerra que la mayor parte de quienes tomaron parte en ella hubieran preferido evitar. Esto último es cierto para el conjunto de la contienda, pero no debemos ignorar que, en el verano de 1914, proliferaron, entre los pueblos de ambos bandos, actitudes que iban desde la resignación cívica a la euforia patriótica, sin que llegara a articularse un movimiento de oposición frontal a la guerra. El intento más ambicioso en ese sentido lo protagonizó la Internacional Obrera, que reunía a los socialistas (laboristas incluidos) de ambos bloques enfrentados. Uno de sus líderes más prestigiosos, el francés Jean Jaurès, escribía el 25 de julio de 1914: “Ya no queda, en el momento en que estamos amenazados por el crimen y la barbarie, más que una posibilidad para el mantenimiento de la paz y la salvaguarda de la civilización, y es que el proletariado reúna todas sus fuerzas y que todos los proletarios, franceses, ingleses, alemanes, italianos, rusos, se unan para que el latido unánime de su corazón aparte la horrible pesadilla”.

Cuatro días después, los dirigentes socialistas europeos se reunieron de urgencia en Bruselas, en un ambiente de algún optimismo, pero la rapidez con que se articularon la crisis diplomática final y la movilización militar impidió una acción colectiva y arrastró a la gran mayoría del mundo obrero a una aceptación, cuando menos resignada, del conflicto. Jaurès no llegó a vivir el ápice del dilema entre el pacifismo internacionalista y la defensa nacional republicana –que la mayor parte de sus compañeros resolvieron inclinándose por esta última– porque en la tarde del 31 de agosto caía asesinado por un desquiciado nacionalista francés. En su momento, el disparo que acabó con la vida del socialista francés en París produjo más conmoción que el que, 33 días antes, había matado al archiduque austriaco en Sarajevo.

En ciertos ambientes intelectuales de orientación cosmopolita una guerra entre europeos era considerada un sinsentido; su estallido produjo sorpresa y –no sin algunos episodios de fascinación inicial– su prolongación fue percibida como una desgracia general, a la que había que procurar poner remedio mediante un entendimiento basado en

la cultura compartida. Pero también había, por ejemplo en alguna vanguardia artística, tendencias a la exaltación o la banalización de la guerra. Recordemos lo que el *Manifiesto del futurismo* que el italiano Marinetti publicó en *Le Figaro* de París el 20 de febrero de 1909, decía en su punto 9: “Nosotros queremos glorificar la guerra –única higiene del mundo–, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los libertarios, las bellas ideas por las cuales se muere y el desprecio de la mujer”.

Hay razones, además de las de orden coactivo, que pueden explicar el que hubiera poca resistencia a la movilización general, y que un enfrentamiento armado que habían urdido, o no sabido evitar, dirigentes no siempre muy populares se convirtiera rápidamente en una guerra entre pueblos. No parece que el patriotismo fuera una de las causas principales del conflicto, pero sí que, una vez declarado este, se desplegó facilitando su realización⁶. El nacionalismo había ido impregnando desde el siglo XIX a grandes masas humanas, gracias, en buena medida, a la generalización de un sistema escolar y, para los varones, un servicio militar que construían, alimentaban y ritualizaban el amor a la patria y a menudo identificaban al vecino como el enemigo secular de esta. En ambos bandos cundió la convicción de que iban a defender a los suyos de una agresión, o a prevenirla, y que al hacerlo salvaban a la civilización de la barbarie que los enemigos encarnaban; una barbarie que venía preferentemente del este: de Rusia para alemanes y austriacos, de Alemania para franceses y británicos. El agrupamiento nacional por encima de las diferencias sociales o ideológicas, que hasta la mayor parte de los socialistas terminó suscribiendo⁷, es conocido como *unión sagrada*, desde que usó esa expresión el presidente de la República francesa, Raymond Poincaré, en su mensaje a las Cámaras parlamentarias el 4 de agosto, al afirmar que Francia “será heroicamente defendida por todos sus hijos, y nada romperá ante el enemigo la unión sagrada de estos”.

Otra razón para que tantos europeos se dejaran arrastrar al torbellino de la guerra es que la imagen que tenían de ella estaba muy alejada de la realidad que les esperaba.

⁶ Hay abundantes testimonios de que ese despliegue fue particularmente festivo en Alemania y Austria. Por ejemplo, el berlinés Sebastián Haffner explica en sus memorias redactadas en 1939, tituladas *Historia de un alemán*: “No tenía ni idea de que fuera posible mantenerse al margen de aquella locura festiva generalizada. Ni de lejos se me pasó por la cabeza la idea de que pudiera haber algo de malo o peligroso en una cosa que causaba una felicidad tan obvia y regalaba aquellos estados de embriaguez tan poco frecuentes.” (Barcelona, Destino, 2012, p.80). Muy expresivas son las observaciones del escritor austriaco Stefan Zweig en su libro *El mundo de ayer*, subtítulo *Memorias de un europeo*, escrito en 1941 y publicado póstumamente en 1944 (Barcelona, El Acantilado, varias ediciones desde 2001, especialmente pp.285-286 y 289-290). Hubo quien, como Adolf Hitler, experimentó un arrebato piadoso: “Caí de rodillas y di las gracias al cielo... por concederme la gracia de vivir en estos tiempos”, evoca diez años después en *Mein Kampf*.

⁷ Las minorías socialistas contrarias al apoyo a sus gobiernos coordinarían más tarde su actividad en dos conferencias celebradas en Suiza: la de Zimmerwald, en septiembre de 1915; y la de Kienthal, en abril de 1916.

Aunque no faltó quien vislumbrara que no iba a ser así, cundía la idea de que la contienda duraría tres o cuatro meses. Para fin de año, estarían de vuelta en casa, por supuesto victoriosos y casi todos vivos, salvo unos cuantos gloriosamente caídos en el *campo del honor*. Y no eran pocos los que pensaban que aquella lucha, tan justa como patriótica, serviría para construir un mundo en el que por fin no habría más guerras⁸.

Una guerra muy diferente

La última *gran guerra* europea anterior a esta habían sido las campañas napoleónicas, concluidas hacía casi un siglo. Y, desde la guerra de Crimea (que había producido 400.000 muertos) y las relacionadas con las unificaciones de Italia y Alemania, es decir, desde hacía más de cuatro décadas, no se habían producido conflictos bélicos en Europa en los que estuvieran implicadas varias potencias. Entretanto, se había ido desarrollando la segunda revolución industrial que, con el motor de explosión, las aplicaciones de la electricidad y la diversificación de la industria química, había impulsado como nunca las actividades humanas, pero había permitido también la creación de nuevos y más eficaces medios de destrucción.

A despecho de muchas previsiones militares, la forma de hacer la guerra cambió radicalmente desde el verano de 1914. Armas más mortíferas y de mayor alcance obligaron pronto a los ejércitos a moverse de otra manera y –los que, como los franceses, no lo habían hecho todavía– a cambiar sus vistosos trajes por otros que les permitieran ofrecer un blanco menos visible al enemigo. Al espectacular aumento de la potencia de fuego, en particular con las nuevas ametralladoras, vendrían a sumarse nuevos medios de lucha como los gases tóxicos, que empezaron a utilizar los alemanes en abril de 1915 (y luego el gas mostaza o *iperita* en julio de 1917), o los tanques, que los británicos emplearon por primera vez en la ofensiva del Somme en septiembre de 1916. Con todo, la caballería más convencional tuvo aún un papel, aparte de que los équidos fueron profusamente utilizados para el transporte de tropas y aprovisionamiento del frente. Con el submarino, el zepelín y el avión, los combates se extendieron más allá de la superficie de la tierra y el mar. El primero fue un elemento esencial en la guerra económica, orientada a desabastecer al enemigo. Desde el aire se practicó más la detección de las posiciones y movimientos del contrario que el ataque directo, de modo que el uso bélico de la aviación –al igual que el del documental fotográfico o la comunicación por radio– se atisbó en esta guerra pero no alcanzó el relieve que cobraría más tarde, sobre todo a partir de la Guerra Civil española.

⁸ Esta pretensión, tan noble como incumplida, da título a otro de los libros sobre el tema: Hoschschild, Adam: *Para acabar con todas las guerras*. Barcelona, Península, 2013.

A diferencia de la Segunda Guerra Mundial, la Primera no produjo más muertos civiles que militares, si bien las diferencias entre ambos, así como entre el frente y la retaguardia, empezaron a diluirse. A ello contribuyó la extraordinaria amplitud de la movilización, que afectó en total a unos 65 millones de personas, casi todos varones y en su mayoría jóvenes. Muchos movilizados, sobre todo franceses y británicos, no dejaron de sentirse civiles en uniforme; y, al término de la guerra —y esto fue otra novedad con respecto a las anteriores— se honró no tanto a los generales victoriosos como al simple combatiente, a menudo en la figura del *soldado desconocido*. Aunque, desde las iniciales invasiones de Serbia por el ejército austrohúngaro y de Bélgica y norte de Francia por el alemán, se produjeron graves casos de violencia sobre la población civil, no cabe hablar de prácticas genocidas, a no ser las que, al amparo de la guerra e impulsadas, desde marzo de 1915 hasta 1916, por las autoridades otomanas, sufrieron los armenios, con en torno a un millón de víctimas.

Si bien no de manera tan literal como la segunda, esta fue ya una guerra *mundial* no solo por la implicación de Estados asiáticos (parcialmente tales como el Imperio ruso o el otomano, o en su totalidad como Japón, que en esta guerra estuvo enfrentado con Alemania), de los dominios británicos de Oceanía y de vastas zonas del continente americano, sino también por la pronta movilización de efectivos coloniales, sobre todo africanos, que realizaron británicos, franceses y alemanes. Junto a los británicos combatieron, entre otros, más de 450.000 canadienses y de 300.000 australianos y Francia reclutó a más de 600.000 soldados en el conjunto de su imperio, casi la mitad de ellos en África del Norte⁹. Por lo demás, muchos combatientes metropolitanos franceses procedían de la inmigración, en la que los italianos formaban entonces el contingente más numeroso; el 12 de marzo de 2008 fue noticia en Francia la muerte del último *poilu*: se llamaba Lazare Ponticelli¹⁰.

Lo que explica la intensidad y duración de esta guerra, además del inusitado desarrollo técnico aplicado a la destrucción de vidas, es la amplitud y el equilibrio de las fuerzas contendientes. Si, a primera vista, los países de la Entente tenían un mayor poderío demográfico y territorial, debido sobre todo a las dimensiones de Rusia y a la extensión de los dominios coloniales de Gran Bretaña y Francia, en cambio los Imperios centrales, a los que en noviembre de 1914 se sumó el otomano, contaban con el ejército más poderoso, el alemán. Este arrostraba, sin embargo, el inconveniente de luchar en dos frentes: el oriental contra Rusia y el occidental contra Francia y, en tierra francesa y en el mar, también contra Gran Bretaña. Con objeto de paliar los efectos de esa división de sus

⁹ Algunos, sobre todo argelinos, eran de origen europeo y nacionalidad francesa, como el soldado Lucien Camus, muerto por herida de guerra el 11 de octubre de 1914, cuando su hijo Albert tenía once meses.

¹⁰ Datos en Jeanneney, p.114. *Poilu*, que hace referencia a su coraje más que a sus pelos, es el apelativo cariñoso con que se conoce en Francia a los soldados de la Gran Guerra.

fuerzas, la maquinaria de guerra alemana puso en práctica el plan estratégico que, ya a comienzos de siglo, había propuesto Alfred Schlieffen, consistente en esencia en dirigir la mayor parte de su fuerza hacia el oeste para dar un golpe decisivo a Francia y concentrarla luego en el este para abatir a Rusia. Con el fin de facilitar el primer objetivo, una parte sustancial del ejército alemán invadió Luxemburgo y Bélgica y avanzó desde allí por el norte de Francia hacia París, desbordando por el oeste al grueso del ejército francés, que cubría sobre todo la frontera con Alemania. Pero, entre el 5 y el 10 de septiembre, los franceses consiguieron realizar una contraofensiva a orillas del Marne (afluente del Sena) que frustró el cumplimiento del plan alemán¹¹.

A comienzos de octubre, el presidente Poincaré y el ministro de la Guerra, Millerand, que junto a otros representantes de instituciones políticas se habían trasladado de París a Burdeos el 2 de septiembre, estaban de nuevo en la capital. Así pues, en el otoño de 1914, a pesar de su avance en tierras francesas y de las sangrientas derrotas, como la de Tannenberg a finales de agosto, infligidas a los rusos (que, sin embargo, se enfrentaron con cierto éxito a los austrohúngaros), el ejército alemán no había coronado sus objetivos, y la guerra de movimientos empezaba a dejar paso, sobre todo en el frente occidental, a una guerra de posiciones. El símbolo de esta —y de la Gran Guerra en su conjunto— fueron las trincheras y alambradas de espinos que formaron dos líneas enfrentadas bastantes estables extendidas desde la frontera suiza hasta el extremo meridional del mar del Norte.

De 1915 a 1917 la guerra experimentó ciertos vaivenes y alteraciones en su orientación (esquemmatizando, se puede decir que Alemania se centró contra Rusia en 1915, contra Francia en 1916 y contra Gran Bretaña en 1917); pero el rasgo dominante fue un estancamiento, que no disminuyó su intensidad mortífera. La pugna económica pasó a primer plano y, como buena parte del aprovisionamiento de los contendientes se hacía por mar, Alemania padeció un bloqueo al que respondió mediante la guerra submarina. Se fueron sumando a la contienda otros países del sur de Europa. Italia, tras haber firmado en Londres un acuerdo secreto con la Entente, entró en guerra, en mayo de 1915, contra sus antiguos socios de la Alianza, atacando a Austria-Hungría, en cuyo poder seguían algunas zonas de la Italia *irredenta*. En los Balcanes, después de la entrada en guerra de Bulgaria a favor de los Imperios centrales en octubre de 1915, Rumanía apostó en agosto de 1916 por la Entente. Portugal, tradicional aliada de Inglaterra, lo había hecho también en marzo de ese año. En realidad, salvo en el caso de Italia, en cuyas ciudades había ido tomando fuerza una corriente de opinión a favor de la entrada

¹¹ Esta primera batalla del Marne estuvo formada por un conjunto de enfrentamientos a lo largo de 150 kilómetros de frente, con participación de casi un millón de combatientes. Es conocida la anécdota de los taxis de París que, el 7 de septiembre, transportaron a unos 4.000 soldados entre la capital y el frente, que se hallaba a unos 50 kilómetros de ella.

en guerra, la movilización de estos países obedeció más que nada a los cálculos de los hombres de Estado.

El papa Benedicto XV, que había visto con marcado disgusto la entrada de Italia en guerra contra Austria porque este era el único gran Estado beligerante en que el catolicismo conservaba un status de religión oficial, hizo en el verano de 1917 una propuesta de mediación que no encontró mucho eco ni siquiera entre los católicos de uno y otro bando. Por lo general, la jerarquía clerical de cada país apoyó con vehemencia la guerra de los suyos. La francesa insistió en la salvaguarda de una Francia tradicionalmente católica frente a una Alemania mayoritariamente protestante, y la alemana declaró que se trataba de una lucha del orden cristiano contra el ateísmo representado por Francia. Ya al principio de la contienda, el cardenal primado de Hungría precisó que era un “deber sagrado” actuar contra Serbia. Llegado el momento, hasta en el clero italiano cundió el fervor bélico, de modo que Benito Mussolini pudo anotar en su diario que, en dieciséis meses de guerra, el discurso más patriótico se lo había escuchado al oficiante de una misa el 31 de diciembre de 1916. También el clero ortodoxo se apresuró a dar su bendición a la guerra y los más elocuentes pastores protestantes alemanes reservaron algunas de sus más duras invectivas para los británicos¹². En la alianza entre lo divino y lo más fieramente humano, con sus efectos poco balsámicos, esta guerra no fue seguramente muy diferente a otras.

La cotidianidad que vivieron en primera línea millones de europeos –sobre todo hombres entre la adolescencia y la madurez– fue la de la sordidez de las trincheras, acentuada de vez en cuando por ofensivas y alguna batalla de desgaste, como la de Verdún entre febrero y julio de 1916, tan costosas en vidas como parcas en avances territoriales. La eficacia mortífera del armamento y la mejora que, a pesar de todo, se produjo en las condiciones higiénicas y de alimentación (incluido el desarrollo de los alimentos enlatados) combinaron sus efectos para que, al menos en el frente occidental, esta fuera seguramente la primera guerra en que hubo más soldados muertos por las heridas que por las enfermedades. También fue la primera en que circuló un enorme volumen de correspondencia particular entre los frentes y las retaguardias, y en que se utilizó masivamente la propaganda, porque, además de haberse incrementado el número de combatientes y las posibilidades de transporte, había mucha más gente que sabía leer y escribir.

¹² Stevenson, pp. 384, 389, 392, 394. Sasoan, Donald: *Mussolini y el ascenso del fascismo*. Barcelona, Crítica, 2008, p.45. Mussolini había sido expulsado por belicista del Partido Socialista Italiano en noviembre de 1914.

Los cambios de 1917 y la conclusión de la guerra

En el año 1917 se manifestó con claridad lo que el historiador –y combatiente– Pierre Renouvin¹³ ha llamado “el cansancio de los pueblos”. Desde finales del año anterior había motines en las tropas rusas, pero en la primavera de 1917 se produjeron en otros ejércitos, incluido el francés. Afectaron en este a unos 40.000 combatientes y fueron reprimidos con más de medio millar de condenas a muerte, aunque no llegaron a medio centenar las efectivamente ejecutadas. Por lo general, no se trataba tanto de una negativa a combatir como de una protesta por el modo de hacerlo, incluyendo las condiciones de vida en las trincheras y la escasez de permisos. Además, desde agosto de 1914 se había producido en todos los ejércitos un goteo de ejecuciones, tras sumarios consejos de guerra, de soldados acusados de desertión, indisciplina o cobardía frente al enemigo. En Francia –donde el asunto ha sido estudiado más minuciosamente, lo que no quiere decir que fuera allí más abundante¹⁴– hubo, entre el comienzo de la guerra y el estallido de los primeros motines, una media de veinte fusilamientos cada mes, lo que da un total de más de 600. Una de las películas más notables sobre esta guerra, *Senderos de gloria* que Stanley Kubrick dirigió en 1957, aborda el tema de la ejecución de soldados para encubrir las descabelladas decisiones dictadas por los afanes de gloria o las rencillas de ciertos mandos. También se produjeron, conforme la guerra se fue alargando, treguas tácitas establecidas entre adversarios que se hallaban, a un lado y otro del frente, muy próximos entre sí. La celebración de determinadas fiestas comunes pudo servir incluso de pretexto para el encuentro entre ellos, como recoge la película *Feliz Navidad*, dirigida Christian Carion en 2005; en tales ocasiones, más que a impugnar la legitimidad de la guerra, sus protagonistas aspiraban a una suspensión temporal de la matanza en ciertos días, lo que enlaza con una tradición que se remonta al menos a la Edad Media.

Además de avivarse ciertas resistencias a la guerra tanto en el frente como en la retaguardia y de empezar a notarse en los beligerantes un agotamiento, cualitativo y cuantitativo, de efectivos humanos, cundieron las crisis políticas internas. En Gran Bretaña, el gobierno del liberal David Lloyd George, que a finales de 1916 había sustituido al de su correligionario Herbert Asquith, procuró elevar la moral pública ampliando la acción militar, en particular hacia Oriente Próximo. En Alemania, la sustitución, en julio de 1917, del canciller Theobald Bethmann Hollweg, favorable al establecimiento de negociaciones de paz, por Georg Michaelis expresó la sostenida presión que sobre la

¹³ Jean-Noël Jeanneney (p.21) recuerda que, como profesor de historia contemporánea en La Sorbona, Renouvin exponía con ponderación y claridad, sobre todo en sus aspectos diplomáticos y militares, una guerra en la que había participado y de la que conservaba las huellas: la amputación de un brazo y de dedos de la otra mano y una voz velada por la inhalación de gases.

¹⁴ Por ejemplo, Loez, André: *14-18. Les refus de la guerre*. Paris, Gallimard (Folio Histoire), 2010. En Italia, que entró más tarde en la guerra y con un ejército menos numeroso, hubo 750 ejecutados.

vida política ejercía el alto mando militar, cuyas cabezas eran Ludendorff y Hindenburg. También en Austria-Hungría, a partir de la muerte en noviembre de 1916, tras 68 años de reinado, del emperador Francisco José y el acceso de Carlos al trono, se acentuaron las tensiones disgregadoras y las presiones para una salida negociada de la guerra; a ello se añadió, en el otoño de 1917, un grave problema de abastecimiento de alimentos, que afectó sobre todo a la parte austriaca del Imperio.

En la Francia de la Tercera República eran corrientes las crisis de gobierno, compatibles con una continuidad de la acción pública. No cambiaron durante la guerra ni el presidente de la República, Poincaré, ni la Asamblea Nacional (las últimas elecciones legislativas, con victoria de la izquierda, se habían celebrado en mayo de 1914), pero se sucedieron cinco presidentes del Consejo. El que gobernaba cuando estalló la guerra, René Viviani, fue sustituido en octubre de 1915 por Aristide Briand, y en 1917 llegó a haber cuatro presidentes: en marzo, Briand fue reemplazado por Alexandre Ribot, que en septiembre cedió el poder a Paul Painlevé (en cuyo gobierno ya no hubo presencia socialista), el cual dejó paso en noviembre a Georges Clemenceau. Este viejo líder radical, que, conservando para sí el ministerio de la Guerra, dirigió el gobierno hasta enero de 1920, se terminó convirtiendo en la imagen política de la victoria francesa, en tanto que la vertiente militar estuvo representada por Ferdinand Foch, que sería nombrado en 1918 general en jefe de todos los ejércitos aliados.

El año de 1917 resulta, quizá ante todo, significativo porque en él se produjo la entrada en guerra de Estados Unidos y se gestó la salida de Rusia, dos hechos cuya combinación modificó el horizonte económico y el marco espacial de la contienda, llevando a Alemania a desencadenar, ya en 1918, nuevas ofensivas en el frente occidental, cuyo fracaso provocó su hundimiento final.

Estados Unidos se había mantenido al margen de la guerra *europaea*, cuya perduración facilitaba su propia expansión económica, sobre todo la que ya había emprendido por el resto del continente americano; como escribió Renouvin, “que la inauguración del Canal de Panamá se hiciera el 15 de agosto de 1914, en el mismo momento en que acababa de empezar el conflicto, es una coincidencia que adquiere valor de símbolo”¹⁵. Muchos estadounidenses sentían por Gran Bretaña y Francia simpatías políticas y culturales, acentuadas por la intensidad de los intercambios comerciales que Alemania procuraba dificultar por procedimientos tan contundentes como el torpedeamiento del trasatlántico *Lusitania* frente a las costas de Irlanda, el 7 mayo de 1915, que causó 1.200 muertos, muchos de ellos mujeres y niños. Pero también existían focos de apoyo a los Imperios

¹⁵ Pierre Renouvin: *Historia de las relaciones internacionales*. Tomo II, volumen II. Madrid, Aguilar, 1969 [Hachette, 1955], p.666.

centrales entre los inmigrantes de origen germánico (más de 4 millones, establecidos sobre todo en la región de los Grandes Lagos), así como entre irlandeses opuestos a Gran Bretaña, polacos hostiles a Rusia y ciertos católicos que sentían especial aversión hacia la laica Francia. Esa diversidad y el deseo general de no inmiscuirse en el avispero europeo facilitaron el consenso en torno a la no intervención militar en el conflicto. El equilibrio se rompió, no obstante, a raíz de la guerra submarina a ultranza que Alemania inició el 1 de febrero de 1917 con el objetivo de abatir económicamente a Gran Bretaña. Ese violento ataque a la libertad de comercio de los países neutrales, además de producir más víctimas (hundimiento del vapor *Vigilantia*, con su tripulación, el 19 de marzo de 1917) abocaba a Estados Unidos a la congestión económica como consecuencia de la disminución de sus exportaciones.

Tal combinación de factores morales, políticos y económicos, espoleada por la prensa y animada por la divulgación del “telegrama Zimmermann” que revelaba que Alemania sondeaba una alianza con México contra Estados Unidos, hizo que la opinión pública basculara, en febrero y marzo de 1917, del neutralismo al intervencionismo y que, a propuesta del presidente Wilson –otrora partidario de la neutralidad– el Congreso votara la declaración de guerra a Alemania el 2 de abril de 1917. Contra lo que un enfoque anacrónico podría sugerir, la entrada en guerra de Estados Unidos como potencia asociada a la Entente no entrañó, al menos en el primer año, una aportación militar decisiva; pero el poderío económico estadounidense significaba que, en la guerra de desgaste, el tiempo iba a correr desde entonces más rápidamente en contra de Alemania. A partir de abril de 1917, diez países latinoamericanos declararon la guerra a Alemania o rompieron relaciones con ella. También se alinearon con la Entente y sus aliados Grecia en junio y China en agosto de ese año.

El más influyente cambio interno que se produjo en 1917 tuvo lugar en Rusia. La revolución que en marzo provocó la caída del zar y el establecimiento de una República de orientación parlamentaria y reformadora no fue en principio una mala noticia para la Entente y sus simpatizantes progresistas porque, ya sin la rémora de la autocracia zarista, la recién adquirida homogeneidad democrática del bloque aliado subrayaba más su contraste con el autoritarismo de los Imperios enemigos. Un frágil Gobierno provisional intentó mantener a Rusia en la Entente y, por tanto, en la guerra; pero la creciente impopularidad de esta contribuyó a que, el 7 de noviembre, tomaran el poder los bolcheviques (luego llamados comunistas), partidarios de firmar la paz a toda costa con Alemania y confiados en el advenimiento general de la revolución obrera que ellos pretendían encarnar en Rusia. Tras el establecimiento de un alto el fuego en diciembre, Trotski terminó aceptando, en nombre del gobierno que dirigía Lenin, las durísimas condiciones territoriales y económicas que Alemania imponía en el tratado de Brest-Litovsk, firmado el 3 de marzo de 1918.

Que Rusia abandonara la guerra supuso para Alemania la desaparición de su principal enemigo al este y la obtención a su costa de numerosos recursos, lo que podría permitirle volcarse en nuevos ataques por el oeste antes de que la movilización estadounidense (donde una ley de 18 de mayo de 1917 había establecido el servicio militar obligatorio) alcanzara verdadera efectividad. Así, en el último año de la contienda –con el antecedente de la ofensiva austroalemana que derrotó a los italianos en Caporetto el 24 de octubre de 1917– se volvió a una guerra de movimientos que incorporó algún esbozo de lo que serían operaciones militares futuras. En la primavera de 1918 Alemania lanzó varias oleadas ofensivas en territorio francés, de modo que a finales de mayo sus fuerzas estaban de nuevo en las orillas del Marne y París al alcance de sus cañones.

Pero esta vez la contraofensiva fue definitiva. Desde mediados de junio hasta finales de septiembre, las fuerzas aliadas, con una contribución creciente de tropas estadounidenses, obligaron a unos ejércitos alemanes cada vez más descompuestos a retroceder hasta sus propias fronteras. La petición de armisticio y de paz, que fue dirigida al presidente Wilson, se realizó el 4 de octubre, tras de que, cinco días antes, Hindenburg y Ludendorff informaran al káiser de que sus tropas no podían continuar la lucha y se encontraban en vísperas de “una catástrofe”. Los jefes militares llevaron pues la iniciativa en la solicitud alemana de alto el fuego, en contraste con un Gobierno aún reticente, si bien luego, a partir de finales de octubre, adoptaron –en particular Ludendorff– ademanes críticos frente a la gestión política de su derrota.

Tampoco eran halagüeñas para los dirigentes alemanes las noticias que llegaban del sureste: Bulgaria capitulaba el 29 de septiembre y el Imperio de los Habsburgo se descomponía: a lo largo del mes de octubre fueron proclamando su independencia Polonia, Checoslovaquia y la propia Hungría, que se separaba así de Austria. La desaparición del Imperio dual era un hecho incluso antes de que, el 3 de noviembre, el Gobierno imperial firmase el armisticio de Villa-Giusti, cerca de Padua. El 30 de octubre, a la vez que los italianos obtenían la victoria de Vittorio-Véneto frente a Austria, los turcos firmaban con Gran Bretaña, cuyas tropas habían roto el frente en Palestina, el armisticio de Mudros.

En una Alemania sin aliados, militarmente agotada y con una población severamente desabastecida, mandos de la flota preparaban, a la desesperada y al margen de las autoridades políticas, una acción contra la escuadra británica; pero entre los marinos se fue extendiendo un amotinamiento que estalló en la ciudad portuaria de Kiel el 3 de noviembre y se extendió por el país en forma de revuelta semejante a la que en marzo del año anterior había provocado en Rusia la caída del zar. El 9 de noviembre, habiendo abdicado Guillermo II (que se marchó a Holanda al día siguiente), era proclamada en Berlín la República. Cuando la delegación alemana, que había recogido las condiciones del armisticio el día 8, acudió a firmarlas el 11 de noviembre en un vagón de ferrocarril en el claro de bosque de Rethondes, próximo a la ciudad francesa de Compiègne, ya

no representaba al Reich sino a esa República alemana que pasó a la historia como *de Weimar* por la ciudad donde, en 1919, se elaboró su Constitución, mientras en torno a París se fraguaban los tratados de paz.

Las huellas de la guerra

Hacia el final de un conocido libro que publicó en 1962 sobre los 31 días que precedieron al estallido de esta guerra, Barbara Tuchman escribía: “Los hombres no pudieron soportar una guerra de semejante magnitud y dolor sin esperanza, la esperanza de que esa atrocidad mayúscula garantizara que nunca volviera a ocurrir nada semejante y la esperanza de que esos años de lucha sin cuartel conducirían al establecimiento de los fundamentos de un mundo mejor. (...) Nada más podía dotar de dignidad o sentido a las monstruosas ofensivas en las que miles y cientos de miles de hombres encontraban la muerte para ganar diez metros de terreno e intercambiar con el enemigo una trinchera enfangada por otra”¹⁶. Sería desde luego demasiado optimista decir que esa consoladora esperanza se cumplió, pero también sería apresurado afirmar que nada bueno salió de aquella catástrofe, o ver en ella el origen de todo lo negativo que vino después.

La Gran Guerra dejó una honda y extensa huella porque afectó directamente a mucha más gente que ninguna contienda anterior. Además de la movilización económica, social y cultural, se enfrentaron entre sí gigantescos ejércitos de ciudadanos. Estos estaban encuadrados por militares profesionales cuya tardía comprensión de las novedades bélicas y del equilibrio de fuerzas, unida en ciertos casos a la insensibilidad por la pérdida de vidas humanas, pudo contribuir a aumentar las dimensiones de la hecatombe, sobre todo en los primeros tiempos; piénsese en los 27.000 franceses que murieron en la sola jornada del 22 de agosto de 1914 durante la “batalla de las fronteras”. Los datos demográficos sobre el conjunto de la guerra no siempre son precisos ni del todo fiables –de hecho sigue habiendo divergencias sobre ellos entre las publicaciones actuales– y además es difícil perfilar las huellas directas de la guerra porque hubo civiles muertos por enfermedades o desnutrición más o menos relacionadas con ella, o soldados fallecidos posteriormente a consecuencia de heridas.

Por tales razones existe un margen relativamente amplio en la cuantificación de víctimas de la Gran Guerra: se le atribuyen entre ocho y diez millones de muertos, amén de un número aun mayor de inválidos, mutilados y heridos. Cuatro países rebasaron la cifra del millón de víctimas mortales cada uno: Alemania, con aproximadamente dos

¹⁶ Tuchman Barbara W.: *Los cañones de agosto. Treinta y un días de 1914 que cambiaron la faz del mundo*. Barcelona, Península, 2007 [1962] p.541.

millones, Rusia con 1,8, Francia con 1,4 y Austria-Hungría con datos más imprecisos pero por encima del millón. De ellos fue Francia la que perdió proporcionalmente más población: un 3,5 por ciento de sus 40 millones de habitantes (y que suponía el 10 por ciento de su población activa); y también fue la que vio morir a un mayor tanto por ciento de los reclutados: un 16,5. Fuera de las grandes potencias, los 750.000 muertos de Serbia hacen de este país, donde se inició la guerra, el que más proporción de muertos tuvo en relación con su población.

La concentración de la muerte en hombres de entre 20 y 40 años, que fueron los más sistemáticamente movilizados por los contendientes, tuvo un impacto especialmente negativo sobre la natalidad futura, de modo que la guerra, además de muertos, provocó gran número de “no nacidos”, que empezaron a dejar también huella en forma de entalladuras en las pirámides de edad y fueron la causa de futuros reemplazos militares “huecos”. Esto acentuó el estancamiento demográfico de Francia, que ya tenía un escaso crecimiento, por baja natalidad, antes de la guerra. Entre los sectores profesionales muy afectados por la contienda figuró uno tan apreciado en la Tercera República como el profesorado: de los 65.000 maestros que el país tenía fueron movilizados, por razón de su edad, más de la mitad, 35.800, de los que casi la cuarta parte, unos 8.300, murieron en el frente¹⁷.

Entre las mutaciones sociales vinculadas a la guerra destaca la mayor presencia de las mujeres en el espacio público, ya que muchas ocuparon los trabajos hasta entonces realizados por los hombres que ahora estaban en el frente, incluidos algunos muy visibles como la conducción de tranvías, o asumieron actividades nuevas derivadas de la guerra, como la fabricación de municiones (por la que les fue aplicado el neologismo *munitionettes*, calcado de las *sufragettes*). Eso las animó a usar ropas más ligeras y cómodas e incluso a adquirir la higiénica costumbre de cortarse el cabello, hábitos que se mantendrían una vez finalizada la contienda y se extenderían incluso a aquellos países que no participaron en ella, de modo que no fueron pocas las jóvenes españolas que, con cierto escándalo de su entorno, adoptaron la moda parisina de llevar el pelo a lo *garçon*. Tampoco se resignaron fácilmente muchas mujeres a recluirse de nuevo, al concluir la guerra, en la vida doméstica, renunciando a la movilidad y a la autonomía económica conseguidas. De hecho, a partir de entonces aumentó la presencia femenina en la población activa, a la vez que se producían ciertos avances hacia la igualdad legal con los hombres. El más visible fue la adquisición del derecho al sufragio que, aunque se había iniciado antes de la guerra en los países nórdicos, se extendió tras ella a varios grandes países como Alemania, Rusia, Estados Unidos y, de forma gradual, a Gran Bretaña.

¹⁷ Ory, Pascal ; Sirinelli, Jean-François : *Les intellectuels en France*. París, Armand Colin, 1986, p.62.

Tras la movilización general que la guerra supuso, las masas hicieron más palpable su presencia en la vida pública durante los años 20 y 30, fenómeno reflejado en las creaciones culturales y que guarda también cierta relación con el desarrollo que experimentaron los sindicatos y partidos de origen obrero. Curiosamente, tras la guerra, cuyo estallido había dejado muy maltrecho al obrerismo internacionalista, se abrió una etapa en la que las clases populares tuvieron, en general, un mayor peso en la dirección política de cada país. También encontraron impulso vanguardias artísticas o avances científicos gestados antes de 1914, al tiempo que ciudades como Berlín, Nueva York y, por unos años, incluso Moscú estuvieron en condiciones de disputarle a París la condición de meca de la innovación cultural. Algunas iniciativas surgidas al calor de la guerra y para esquivar sus efectos letales sobre la libertad de expresión, como la revista satírica francesa *Le Canard Enchaîné*, que empezó a publicarse en 1917, han llegado hasta el presente.

No se trata tanto en estos casos de “consecuencias positivas” de la guerra como de que esta fue ocasión para que se aceleraran procesos o tendencias que ya se estaban dando antes de ella y que desde luego no requerían varios millones de muertos para su realización. Algo de esto recoge Philippe Claudel en *Almas grises*, que es un sombrío relato (publicado en 2003) ambientado a finales de 1917 en un pueblo del norte de Francia próximo al frente, cuando, a propósito del cambio de actitud vital de una mujer, Clémence, escribe: “La guerra destroza, mutila, mancha, envilece, despanzurra, desmiembra, aplasta, despedaza y mata, pero a veces también pone en hora algunos relojes”¹⁸.

Esta guerra, que tan larga y destructiva resultó, fue seguramente la peor de las opciones que se presentaban en julio de 1914 y supuso un retroceso histórico para la significación de Europa en el mundo; pero el de 1918 no fue el peor de sus finales posibles. La derrota de la autocracia militarizada alemana y de sus aliados constituyó una costosa victoria de las dos grandes —e imperfectas— democracias europeas, la República francesa y la Monarquía parlamentaria británica, que eran, por lo demás, las dos principales potencias coloniales y aprovecharon la ocasión para repartirse las colonias alemanas y turcas, pero no albergaban proyectos expansionistas con respecto al continente europeo. Durante la guerra, a su término o en la inmediata posguerra se hundieron cuatro imperios: el ruso, el austro-húngaro, el alemán y el turco. Tres de ellos reaparecieron, en espacios más restringidos, bajo formas republicanas (y parlamentarias, en el caso de Alemania), en tanto que el austro-húngaro estallaba en pedazos, varios de los cuales, sobre todo Austria y Checoslovaquia, llegaron a constituir repúblicas democráticas. Para Gran Bretaña y Francia las sacudidas fueron lógicamente menores; esta última se había defendido sin alterar sustancialmente sus instituciones

¹⁸ Barcelona, Salamandra, 2005. p.162 [*Les âmes grises*, Stock, 2003] . Aunque más centrada en el entorno médico del propio frente, el tono y el ambiente son parecidos en la primera novela, autobiográfica, de John Dos Passos *La iniciación de un hombre: 1917* Madrid, Errata naturae, 2014.

republicanas, y las huellas más apreciables que la guerra dejó en ellas fueron una mayor actividad de las comisiones parlamentarias de investigación y la introducción de algunos cambios en la organización del trabajo ministerial¹⁹.

Puede afirmarse por tanto que de la guerra salieron reforzadas las democracias. No conviene olvidar, sin embargo, que en sus postrimerías se forjaron tanto el comunismo como el fascismo. El primero alcanzó el poder al amparo de la profunda crisis en que la guerra sumió a Rusia y del deseo de paz e igualdad de buena parte de su población, y extendió, aunque de modo efímero, su modelo de revolución soviética por varios lugares de la Europa de posguerra. En cuanto al fascismo, y aunque algunas de sus raíces ideológicas y estéticas son anteriores a la guerra, cuajó su primer modelo entre los miedos y frustraciones de la Italia de posguerra, adoptando hábitos y símbolos nacidos en la propia contienda²⁰. Cuatro años después de que concluyera esta, en octubre y diciembre de 1922 respectivamente, Mussolini se hacía con el gobierno en Italia y Lenin fundaba la Unión de Republicas Socialistas Soviéticas. Cabe pensar que, sin la guerra, no se habrían desarrollado, o al menos no del mismo modo en que lo hicieron, el fascismo y el comunismo, protagonistas relevantes de la historia, al menos hasta el final de la Segunda Guerra Mundial en un caso y de la Guerra Fría en el otro.

Si de aquella guerra, que empezó siendo europea, se benefició algún país ese fue Estados Unidos que, con una intervención tardía y un coste humano relativamente bajo (114.000 muertos), figuró entre los vencedores, adoptó un papel de árbitro y aprovechó el intenso desgaste de las potencias europeas para consolidar su hegemonía económica mundial. En el otro extremo de la fortuna podemos situar a Rusia, que padeció la guerra desde el principio, enfrentada a tres Imperios y que, ocho meses antes del final, firmó una paz desastrosa con el futuro vencido, para internarse luego en los horrores de su propia guerra civil. Francia y Gran Bretaña (que sufrió 723.000 muertos, a los que se añaden los casi 200.000 del resto del Imperio británico) celebraron la paz tanto como la victoria –aún siguen celebrándola oficialmente cada 11 de noviembre– con el alivio de haber frenado a Alemania y la esperanza de que esta no volviera a las andadas. En Italia, que había abandonado a sus antiguos aliados para apostar por los que fueron finalmente vencedores, cundió la impresión de que, tras el sacrificio de más de medio millón de sus hijos, la patria merecía más que el parco botín obtenido a costa de Austria; algunos de quienes con más vehemencia habían alimentado el sueño se dispusieron a atizar y rentabilizar el desencanto.

¹⁹ Mayeur, Jean-Marie: *La vie politique sous la Troisième République, 1870-1940*. París, Seuil, 1984, p.250.

²⁰ Por ejemplo, las camisas negras habían sido ya vestidas por los *Arditi*, tropas de asalto creadas en el verano de 1917 por el general Luigi Capello, cuyo himno *Giovinazza* se convirtió en el oficial del Partido Nacional Fascista. Sasoon, p.52.

Los que habían conducido a Alemania a la guerra y a la derrota recurrieron al expediente de echar la culpa a otros. Como las operaciones militares habían cesado antes de que se materializara el desastre militar previsto y de que el país fuera invadido, parte de la ciudadanía pudo tener la impresión de que la derrota completa no había tenido lugar. En ese contexto, los mismos jefes militares promotores de la rendición pusieron en circulación la teoría de la “puñalada por la espalda” que Alemania habría recibido de sus “enemigos internos”, a saber los revolucionarios y los socialdemócratas, aunque en realidad estos últimos habían procurado encauzar la difícil situación aun a costa de reprimir las acciones revolucionarias. Ese relato de la traición, que tanto juego daría al nazismo (con el obvio añadido de los judíos a la lista de autores de la puñalada), es considerado como una falacia por la historiografía más solvente, donde queda demostrado que –en palabras de Stevenson– “la revolución fue una consecuencia, no una causa, de la derrota de Alemania”²¹.

De algún predicamento mayor goza la tesis de que Alemania fue particularmente maltratada tras la guerra, empezando por el tratado de Versalles, y que eso generó o estimuló el afán de revancha que condujo a la Segunda Guerra Mundial. Como es sabido, además de imponerle restricciones militares y el pago de reparaciones que Alemania terminó incumpliendo, el tratado la obligaba a entregar, o más bien devolver, a sus vecinos regiones que en total significaban la séptima parte de su territorio y la décima parte de su población. No sabemos lo que ella habría hecho en caso de ser la vencedora, aunque sí podemos establecer conjeturas no muy halagüeñas sabiendo cuáles fueron sus objetivos de guerra, su forma de ponerlos en práctica y el trato que dio a Rusia en Brest-Litovsk. Muchos historiadores, aunque no lleguen a pensar como Hastings que “durante la primera guerra mundial, Alemania adoptó unos objetivos territoriales poco menos ambiciosos que los pretendidos por Hitler en la segunda”, comparten su opinión de que “de haber sido los alemanes quienes hubieran dictado los términos en calidad de vencedores, la libertad, la justicia y la democracia europeas habrían pagado un precio muy elevado”²².

²¹ Stevenson, p.646. Aparte de las ya citadas, otras obras de reciente edición (o reedición) sobre este tema son Artola, Ricardo: *La Primera Guerra Mundial. De Lieja a Versalles*. Madrid, Alianza, 2014; Ferro, Marc: *La Gran Guerra, 1914-1918*. Madrid, Alianza, 2014 [1969]; MacMillan, Margaret: *1914. De la paz a la guerra*. Madrid, Turner, 2013; Morrow, John H.: *La Gran Guerra*. Barcelona, Edhasa, 2014; Stone, Norman: *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona, Ariel, 2013. Sobre la relación de España con la Gran Guerra –tema que hemos obviado aquí pero podemos tratar en otra ocasión– hay también algunas publicaciones recientes como García Sanz, Fernando: *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014; González Calleja, Eduardo y Aubert, Paul: *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial, 1914-1919*. Madrid, Alianza, 2014; y Navarra Ordoño, Andreu: *1914. Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*. Madrid, Cátedra, 2014.

²² Hastings, p. 608.

Tal vez no sea el trato dado a Alemania lo más torpe de la paz que gestaron los vencedores, sino su incapacidad para volver a ponerse de acuerdo frente a una eventual nueva amenaza. Pesó en ese sentido la no incorporación de algunas grandes potencias a la Sociedad de Naciones, empezando por Estados Unidos, lo que redujo la representatividad de esta organización internacional y su posible eficacia ante las grandes crisis. Y llama la atención el incremento –que para satisfacción, entre otros, del presidente Wilson– tuvo el número de fronteras internas en Europa, que en 1914 estaba compuesta por 18 Estados y pasó a tener 26. Que aquella guerra que había comenzado en los Balcanes se cerrara con una *balcanización* del este del continente no fue quizá el mejor de los remedios.

El tratado de Versalles fue firmado con mucho envoltorio histórico: a los cinco años justos del asesinato de Sarajevo y en la misma galería de los espejos donde en 1871 se había proclamado el Imperio alemán. Ni él ni los otros cuatro que lo siguieron, conformando la paz de París²³, consiguieron evitar que, al cabo de dos décadas, se desencadenara una nueva guerra mundial. Pero eso no significa que la paz que puso fin a la Primera provocara la Segunda, ni que ambas formen parte de una “guerra de 30 años” con dos décadas intermedias de tregua.

En esos veinte años de *entreguerras* ocurrieron muchos acontecimientos nuevos y muy relevantes. Por ejemplo, una gigantesca crisis económica, iniciada en la intersección de ambas décadas, que entre otras cosas facilitó la desestabilización de la República de Weimar y el acceso de los nazis al poder, hecho este que sí abrió el camino hacia un nuevo enfrentamiento bélico. Y bien puede ser que el recuerdo de los horrores y sacrificios de la guerra pasada atenazara a las sociedades democráticas incapacitándolas para prevenir, mediante una acción antihitleriana cuando todavía estaban a tiempo, una conflagración aun más terrible. En todo caso, no fue hasta 1933, y de forma más clara a partir de 1936, cuando el mundo empezó a vislumbrar que caminaba hacia un nuevo conflicto planetario que haría que la Gran Guerra o “Guerra del 14” quedara ya para la historia como la *Primera* Guerra Mundial.

²³ Los 27 vencedores firmaron los tratados con cada uno de los vencidos: el de Versalles (28.VI.1919) con Alemania, el de Saint-Germain-en-Laye (10.IX.1919) con Austria, el de Neuilly (27.XI.1919) con Bulgaria, el de Trianon (4.VI.1920) con Hungría y el de Sèvres (10.VIII.1920) con Turquía; este último no se aplicó y fue reemplazado por el de Lausana (24.VII.1923).

Nota biográfica

Feliciano Páez-Camino Arias es doctor en Historia contemporánea y licenciado en Filología francesa. Ejerce como catedrático de Geografía e Historia en un Instituto de Madrid, ha sido profesor asociado en varias universidades (Complutense y Carlos III de Madrid; La Sorbona-París IV) y desarrolla frecuentes actividades para la formación del profesorado de Enseñanza Secundaria.

Es autor de publicaciones que tratan, entre otros temas, sobre el mundo en el periodo de entreguerras, la política y la cultura en la España contemporánea y acerca de la enseñanza y difusión de la Historia. En la UMER ha pronunciado, con anterioridad a ésta, conferencias sobre “El Madrid de la Segunda República” (cuaderno nº 38), “La Constitución republicana de 1931 y el sufragio femenino” (nº 44), “La guerra *de la Independencia*, entre la historia y el mito”, “El tiempo y la huella de Larra (1809-1837)” (nº 56), “Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo* (nº 63), “Españoles en Argelia: conquistas, migraciones, exilios” (nº 80). Ha publicado recientemente su novela *En el sabor del tiempo* (Madrid, Huerga & Fierro, 2012).

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 60 agotados. Pueden consultarse en la página web www.umer.es

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), en el sabor del tiempo". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 64: "Los retos de la educación para la ciudadanía". Luis María Cifuentes.

Nº 65: "Las mujeres en la Ciencia". Antonio C. Colino.

Nº 66: "Miguel Hernández. Con tres heridas: la de la muerte, la del amor, la de la vida". María Jesús Garrido.

Nº 67: "El Banco de España: funciones e historia". Enrique Ortiz Alvarado.

Nº 68: "Carmen de Burgos: La voz de los sin voz". Carmen Mejías.

Nº 69: "Del *Cantar* del Cid a Cernuda: El destierro en la poesía española". Feliciano Páez-Camino.

Nº 70: "El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo". Francisco Acebes del Río.

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 74: "Antonio Machado: Soñando caminos". María Jesús Garrido Calvillo.

Nº 75: "Sobre la historia del teatro musical español: la zarzuela y sus alrededores". Juan Carlos Talavera.

Nº 76: "La historia en la obra de Manuel Azaña". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 77: "Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 78: "Envejecimiento activo y participación". Loles Díaz Alejo.

Nº 79: "La Constante: mina de leyenda en Hiendelaencina". Ana Parra y Gloria Viejo

Nº 80: "Españoles en Argelia: conquistas, migraciones, exilios". Feliciano Páez-Camino

Nº 81: "Vejez y sabiduría". José Segovia Pérez

Nº 82: "Medios de comunicación en España. El reto de contarlos en una hora". Joaquín Sotelo

Nº 83: "1914: Significación histórica de la *Gran Guerra*". Feliciano Páez-Camino